

# Puntos de fuga

## Caso J Sobre un intento hacia la efectuación del sujeto en el discurso

GABRIELA MERCADAL

**S**i desde el psicoanálisis se hace referencia a lo Imaginario como velo, esto no le quita su lugar de relevancia en cuanto a la constitución psíquica. Con relación a este registro podemos pensar al yo y sus objetos, al campo de las significaciones.

Ubicación del yo como ficción que, desconociendo las operaciones por las que se constituye, logra su eficacia al no facilitar la efectuación de un Sujeto. Eficacia del yo en el sostén de una imagen. Imagen que, reflejada en el espejo, devuelve una apariencia de completud a la cual no será sencillo agujerear. Imagen que, aunque ortopédica, vela a la vez que da la posibilidad de decirse en primera persona: *Yo soy...*

Diferencia radical con la verdad del Sujeto cuyo surgimiento se logrará sólo a través de un proceso de subjetivación posibilitado por un recorte, por cierta pérdida del goce que produce la fijación en esa imagen. Tal recorte será el resultado de una operatoria analítica.

Lacan advierte: "...confundir esa necesidad física, de la presencia del paciente en la cita, con la relación analítica, es engañarse..."<sup>1</sup>

Quien nombraremos ficcionalmente como J llega puntualmente a cada sesión. Habla... tanto como es posible... tanto como necesite para que en el parloteo no se efectúe algo del orden de la subjetividad.

Las cartas del destino fueron marcadas: "una bruja le dijo a mi mamá que yo iba a ser la que me iba a *hacer cargo* de la casa".

Fascinada con la imagen que encuentra en ese presagio, asume una "completud" imaginaria hasta constituir una "...armadura por fin asumida de una identidad enajenante...", *haciéndose cargo* de pagar las tarjetas de crédito de la familia, cuya titular es la madre.

J no accede a su *existencia* en el discurso. Su mundo es el de la *consistencia*. Sin embargo se refiere a "poner límites". Será quizás el hueco por el que la operatoria analítica pueda insertarse.

Pero ¿a qué operaciones nos referimos? A aquellas que mencionáramos como posibilitadoras de un corte por donde el Sujeto tome su lugar. Una marca de que un "no todo" la constituye. Aparición de un resto que no cuadre en esa imagen totalizadora. Una pieza que falte en el rompecabezas para que su búsqueda genere un espacio de subjetivación; presencia de un deseo en el que se implique. Inversión de esa relación de reflejo donde "lo único", lo consistente, lo idéntico impera. Producción de "la parte" para que el Sujeto pueda tomarla -incluyéndose en el discurso en relación a esa parte-,

quedando así abierta la posibilidad de situarse en "otra escena" en la que logre su existencia.

Si la función narcisista cumple el papel de límite infranqueable hacia el acceso del objeto, será justamente el intento de franquearla una orientación para el análisis.

Introducción de la función de la mirada como elidida; aquí ya no como petrificadora, sino creando un campo respecto de la causa; como función en relación al objeto a. Como esa marca necesaria de que no todo puede ser dicho. Mover la fijeza de ese "yo soy".

Pero para ello será necesario que el analista dirija la cura, no al paciente. ¿Cuándo un analista entonces no lo es? Cuando, operando desde su persona, no genera ese espacio posibilitador de un corte. Con Eric Laurent diremos: "Si el analista insiste sobre la identificación del yo ideal que presenta al sujeto (...) lo que se produce es un momento de silencio, porque el analizante, en esta posición, trata de reducir la posición del analista no al analista en el lugar del Otro, sino a una presencia del otro, a una demanda de amor; y no a la demanda sin más, que precisamente impone hablar. La demanda de amor no es una demanda que pase por los desfiladeros del significante, es una demanda que trata de reducir a ese Otro a la presencia del otro."<sup>2</sup>

Frente a una encrucijada imaginaria en que se inserta la dialéctica "yo o el otro", J plantea el irse de la casa o el seguir "haciéndose cargo" del pago de las tarjetas. "Salir" o "pararse" eran los términos. La analista -que en ese momento no es tal- queda atrapada entre esos señuelos optando por el trabajo sobre uno de ellos en lugar de generar ese espacio hacia la "otra escena".

J se va de la casa... pero sigue haciendo cuentas. Cuentas en la que no logra aparecer; cuentas donde el "uno" no aparece. Ella no se cuenta.

A partir de aquí, una serie de intentos de corte al puro bla bla van posibilitando algo del orden del enigma en relación al "qué me quiere" puesto en transferencia:

- Mamá me decía que irse es morirse un poco. Yo le dije que no era que me moría, sólo me mudaba.
- ¡Ah! ¡Vos le dijiste que no te morías!
- Sí, ¿por qué, está mal?
- Un silencio como respuesta.

Y la relación con la madre entra en el enigma. Ese *prójimo* que tanto hizo por sus hijos, que tanto la ama, hace sentir su presencia como acosadora. Y sabemos, dirá Lacan, que "...ante el amor al prójimo Freud literalmente está horrorizado"<sup>3</sup>

J también ama a su madre. Pero "...ante la consecuencia del mandamiento del amor al prójimo, lo que surge es la presencia de esa maldad fundamental que habita en ese prójimo. Pero, por lo tanto, habita también en mí mismo. Y qué me es más próximo que ese prójimo, que ese núcleo de mí mismo que es el del goce..."<sup>4</sup>

- Les voy a dar todos los papeles, yo hago las cuentas y que después se arreglen.
- ¡¿Darles TODO?!... Fue la intervención en esta oportunidad.

Pero atentar contra la imagen del otro será atentar contra lo que la constituye como yo, al que se aferra. El camino no será lineal pero quizás sea ese el punto sobre el que incidir.

Aparecen distintas escenas de las que "se queja" por quedar a la espera de "las miradas" de los otros. Una madre -la del novio- que la desvaloriza porque otra profesional (de la misma profesión que J) gana mucho dinero en Oxígena -una empresa.

- Parece que hay una madre que deja sin oxígeno.
- Sí, mi mamá ahoga bastante... (operando el desplazamiento). Siempre con el estudio... Desde siempre mucha presión... dice que el título es su herencia.

¿Y cómo no rendir culta a tal bien? J no logra ejercer su profesión. Ubico allí un punto de goce que no será sencillo ceder; sobre todo porque en el altruismo de sostener esa imagen de madre, se sostiene ella.

Pero ya hay un trabajo iniciado. Un camino que podemos ubicar por la vía de "...un proceso que va de la rectificación de las relaciones del sujeto con lo real, hasta el desarrollo de la transferencia, y luego a la interpretación".<sup>5</sup>

Vía signifiante; significantes que, entrando en una dialéctica particular, dan la posibilidad de una diferencia respecto del puro bla bla. Las palabras cobran otro estatuto. Se ubican en recuerdos, se plasman en escenas. Comienza a desvanecerse un "alma bella" porque las cuentas ya no dan un todo. La sorpresa se instala:

- Yo jamás hubiera podido hacer eso... (se refiere a lo que hacía la madre, que tenía tres trabajos, estudiaba, crió dos hijos, llevó adelante la casa, etc., etc., etc.).

Pero allí aparecen otras historias y otros personajes en escena, otras "partes" del rompecabezas, por lo que digo:

- ¡Ah! ¡Pero así es fácil tener tres trabajos y criar dos hijos!
- ¡No! No era así...

Pero a partir de tal negación, surgen en catarata toda una serie de problemas que, a través de la historización de su niñez, marcan a una madre ya no tan completa.

J se comienza a preguntar por lo que tiene ganas de hacer con el dinero que gana en su trabajo.

Lacan afirma: "En la medida en que el sujeto se sitúa y se constituye en relación al signifiante se produce en él esa ruptura, esa división, esa ambivalencia, a nivel de la cual se ubica la tensión del deseo".<sup>6</sup> Acaso esté en esta vía el camino iniciado. ■

## Notas

1. Jacques Lacan, "La dirección de la cura y los principios de su poder", en Escritos 2, Siglo Veintiuno Editores, 1987.
2. Eric Laurent, Carácter - Ego - Sujeto, en "El signifiante de la transferencia", Manantial, 1993.
3. Jacques Lacan, "El Seminario Libro 7 - La ética del psicoanálisis", Paidós, 1992.
4. Ibidem.
5. Jacques Lacan, "La dirección de la cura y los principios de su poder", op.cit.
6. Jacques Lacan, "El Seminario Libro 7 - La ética del psicoanálisis", op.cit.